

Editorial

Toda educación se plantea un tipo de hombre, y ese paradigma responde a las expectativas que en su momento un pueblo se traza. Si ese tipo de hombre se concibe de una manera diametralmente clara, como se verifica en nuestra sociedad, lo razonable es que confluyan todos los agentes para concretar ese objetivo, más allá de intereses particulares o sectoriales porque la tarea formativa demanda la participación de toda la sociedad. En la formación de los ciudadanos hay de por medio una responsabilidad que implica una tarea decidida, atenta y valiente, capaz de eliminar las barreras que bloquean o distorsionan el desarrollo de una persona integral, tanto en sus valores, como en sus habilidades, capacidades y talentos.

Sin embargo, una simple observación revela la distancia entre lo deseable y la realidad concreta, pese a los postulados de que todos somos responsables de lo que es una sociedad. Y es que bajo la óptica de conceptos de diversa naturaleza, nos convertimos en agentes permisibles. Tanto es así, que se corre el riesgo de confundir la orientación de la educación con mensajes claramente distorsionados, si es que no asume la responsabilidad de trabajar en conjunto con proyecciones capaces de avanzar tratando de superar las incongruencias que se verifican en aras de consolidar principios éticos. Entre los muchos temas que se podría abordar, baste mencionar uno: el tema de la violencia.

Dentro de nuestra sociedad, una faceta apreciada es el desarrollo de una personalidad equilibrada, capaz de una posición dialógica y razonable, lejos de un apasionamiento irracional o circunstancial que induce a comportamientos desquiciados. Lamentablemente se verifica que gran cantidad de espectáculos, juguetes y juegos, entre otros, destacan por su clara orientación violenta. A lo dicho se añade a la extendida situación de violencia y agresividad que se vive en las calles y se percibe por las noticias que cotidianamente se recibe a través de los diferentes medios de comunicación, entre otros aspectos sociales.

Justamente, el desequilibrio existente entre el tipo de hombre al que se aspira y la realidad que se vive exige replanteamientos. Y es que somos testigos de las falencias que aquejan a nuestra sociedad. Los hechos que se verifican claman una toma de conciencia y reflexión para enmendar rumbos. La violencia contamina a todos, aun a los centros educativos. Hace unos días una noticia que pasó como una más, reveló que un grupo de adolescentes golpeó tanto a un compañero en un colegio que falleció.* Este hecho y otros merecen una atención especial de la sociedad, de los padres de familia y de los docentes.

Por lo mencionado, la labor del colegio como agente formativo se puede diluir en un medio donde hay tantos factores que influyen poderosamente en los educandos, más aún dentro de una sociedad que se hace cada vez más

compleja y en la cual las relaciones humanas se individualizan. Pero justamente es esa sociedad la que clama por que se trabaje para enmendar rumbos en base a exigencias compartidas por todos en aras del bien individual y común, que se traducirá en una mejora sustantiva.

Vivir en una sociedad es respetar los derechos de todos, pero también exigir que todos contribuyamos a que se labre un presente y un futuro con la fe en que juntos podemos construir un mundo de paz y cada vez mejor.

Dra. Rosa Carrasco Ligarda

* El 31 de octubre del 2006, cinco alumnos de primero de secundaria del Colegio Villa los Reyes en Ventanilla, en el interior de una clase, hicieron el Túpac Amaru (jalarle las piernas y golpearle la cabeza y el cuerpo) a John Carlos Munives Minives (14). El joven fue al baño, vomitó y se desmayó. Horas después falleció. Era el más pequeño de la clase y por esa razón siempre era golpeado por sus compañeros.